

¿Quién vivirá en esa torre
Que canta tan dulcemente,
Mientras suena mansamente
El Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella
Oyó que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta
Lastimado són de duelo,
Cual queriendo enviar consuelo
Al corazón, la garganta,
Oyó también que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,
Y sobre el césped mullido
Oyóse un pié contenido
Que va cautelosamente.

Cada vez mas cerca está...
Púsose en pié el caballero,
Y requiriendo el acero
Preguntó firme: ¿Quién va?

A sus rayos argentinos
La luna dejóle ver
Un page que echó á correr
Dando vuelta á unos espinos.

— ¿Sois vos (le dijo llegando)
Nadie en Flandes, mucho aquí?
— Mucho te han dicho de mí.
— Pues á vos vengo buscando,
Seguidme.

— ¿A donde?

— ¿Temeis?

Dijeron que erais valiente.
— Mas fiarse no es prudente
Del primero....

— Bien haceis.

Dios os guarde: á decir voy
Que os propuse una aventura,
Y desechó por mesura
Vuestra prudencia la de hoy.
— Mucho sabes, pagecillo.
Ve delante.

— Pues de mí
No os separeis, por aquí.
— ¿Dónde vamos?

— Al castillo.

Y de un torreón en el centro
Postigo oculto buscando,
Entraron ambos cerrando
La portezuela por dentro.

FAVOR DE REY.

En medio de un aposento
Que el rey Enrique eligió,
Para secreto teatro
De sus comedias de amor:
El y Beltran de la Cueva,
A quien con prisa llamó,
Están, Don Beltran en pié
Y él tendido en su sillón.

Decora el gabinete
El magnífico interior,
Cuanto de rico y espléndido
Monarca jamás juntó.

Cuelga una lámpara de oro
Del cincelado artesón,
Forrados en terciopelo
Los muros en derredor;

El pavimento de alfombras
Esquisitas se vistió,
Y sobre el rey pende inquieto
De plumas un pabellón.

Delante tiene á una fiesta
Preparado un velador,
Cual le anhelaran cubierto
La codicia y la ambición.

Copas y cubiertos de oro;
Bajilla que cinceló
Diestro artista, á quien por ella
Dieron riquezas y honor;

Y á su lado entre perfumes
En pródiga ostentación,
Doble y superior servicio
Sobre un ancho aparador.

Siguiendo el rey y el privado
Su rota conversacion,
El vasallo respondia,
Preguntándole el señor.

— ¿Con qué lloraba?

— Doliente

En mis brazos se arrojó
Diciendo: «¿Es él quien lo manda?»

— ¿Y qué respondisteis vos?

— Que en ello vuestros mandatos

No admitian dilación.

— Muy bien dicho. Y á esa órden

¿Ella qué dijo?

— Señor....

— Sin escrúpulos decid,
Beltran, que en esta ocasion
Si alguien debiera tenerlos,
Vos cabalmente no sois.
Mas os juro por mi vida
Que no me acosa el menor;
Por el bien de mis vasallos
Tengo en esto obligacion.

Con que ¿qué dijo?

— En injurias

Su lengua se desató.

— ¡Ola, ola!

— Lamentando

Vuestra inconstancia en amor.

— No fué mucho, Don Beltran;

Pero ya, gracias á Dios,

Tenemos algo de mundo

Y há tiempo uso de razon.

Y ¿qué mas?

— Roja de rabia

Mal caballero os llamó,

Indigno de vuestra estirpe,

Hipócrita y seductor.

— Ese ya es otro cantar,

Buen Beltran, mas tengo yo

Para mí que el injuriarme

Era pedirme perdon.

— A vuestro real pensamiento

Sin oponer la menor

Contradiccion, yo os dijera

Que me asiste otra opinion.

— Cómo decid.

— Doña Inés

Por ultrajada se dió,

Y serenándose al punto:

« Bien, caballero; ¿sois vos

(Me dijo con voz resuelta)

Mi guarda ó mi conductor? »

— ¿Y vos?

— Señora, la dije,

Otro el rey os preparó.

— ¿Y ella?

— Añadió: « Pues decidles

De mi parte á ambos á dos,

Que apresuren nuestro viage,

Que estoy pronta y noble soy;

Y al rey en particular,

Que escuse toda ocasion

De sincerarse, que siento

Tal desprecio por su amor,

Que si al paso se me pone

Ni aun he de mirarle yo. »

— Bravamente lo ha pensado;

No lo hiciera yo mejor.

¡Pobre muchacha! En los redes

Que la he tendido cayó.

Callaron por un instante

El privado y el señor,

En consulta cada cual

Con su propia reflexion.

En esto confusamente

Del muro en el interior,

Con misteriosa cautela

Llamada ó seña sonó.

— ¿Han llamado?

— Si por cierto.

— Ellos serán.

— Si señor.

— Abrid y en mis conjeturas

Ayúdeme el vino y Dios.

Con un oculto resorte

Don Beltran la puerta abrió,

Y entraron por ella un page

Y el flamenco vencedor.

Tendió el flamenco la vista

Sin señal de turbacion,

Por todo cuanto le alumbran

Las luces en derredor,

Y sereno, altivo, inmóvil,

En la misma posicion,

Con la visera calada

Callando se conservó.

— Venid, le dijo dejando

El monarca su sillón,

Venid al igual conmigo,

Ilustre batallador.

Aliviaos de esos hierros,

Ocupad ese sillón,

Y tendedme vuestras manos,

Que á fé que me harán honor.

Beltran, que sirvan la cena;

Y en tan dichosa ocasion

Chipre, el Vesuvio y Falerno

Nos presten gozo y valor.

¿No os sentais? — El caballero

Sin moverse respondió:

— Yo soy un aventurero

Que por mis desgracias voy

Cumpliendo una penitencia

Que me han impuesto, señor.

No puedo mostrar mi rostro,

Mi nombre, ni mi blason,

Sino al hombre que me venza

En las armas superior;

Y entonces será pidiéndole

En nombre del sumo Dios,

Que me pase compasivo

Con la daga el corazón.

— Caballero, pues que todo

Me convence que lo sois,

Díjole el rey, ¿no pudieran

Alzar ese voto en vos

La voluntad de los reyes,

Ni aun por haceros honor?

Porque en verdad que me aflige

Al daros por galardón

Mi amistad y mi palacio,

No saber á quien los doy.

— Por respeto á mi rey solo

Voy sin ventura, señor;

Ved si estimo vuestras dádivas

Como de quien ellas son. —

Miró al caballero el rey

Con ojo escudriñador,

Y comprimiendo los labios
A Don Beltran los volvió
Diciendo : — ¡Cómo ha de ser!
La voluntad es de Dios.
Mas ya, señor caballero,
Que la suerte me privó
Del placer que me esperaba,
Pediros quiero un favor.
— Será mandato, y cumplirlo
En mi será obligación.
— Jurad que lo cumplireis.
— Jamás he jurado yo;
Que tengo en mas mi palabra
Que el juramento mejor.
— Dispensad, que anduve torpe;
Concededme por perdon
Un brindis.

— Eso mas bien,
Con mil amores, señor.
Llenó Don Beltran las copas;
Una cada cual tomó,
Y alzándose la visera
El flamenco lidiador,
Encubiertas las mejillas
Con un antifaz mostró.
— Engañásteis mi esperanza,
Dijole el rey.

— ¡Ah señor!
Para encubrir mi desdicha
Es doble mi precaucion.
— ¿Y quién tanta penitencia
A imponeros alcanzó?
— Mi vergüenza.

— Y ¿por qué trazas?...
— De una muger se valió.
— Basta y brindad, caballero;
El que buscaba sois vos.
Bebieron ambos : la mano
El monarca le tendió.
— Y ahora, le dijo, escuchadme,
Si os place, con atencion.
¿Quereis llevar en secreto
Una dama de alto honor
A Portugal?

— ¡A la misma
Constantinopla, señor!
Centellándole los ojos,
El hidalgo respondió.
— Está bien, Beltran, mis órdenes
Llevad á esa dama vos;
Que al punto partan. — Tomad.
En ese pliego que os doy
Encontrareis, caballero,
Mi voluntad superior.
En pasando la frontera
Le abrireis; y en tanto no,
Ni vos ni nadie á la dama
Mantenga conversacion.

Ved que en ello os va la vida,
Pues gentes os daré yo
Que os velen y os acompañen
Por mi reino.

— Eso, señor,
Mas es castigo que premio.
— Negocios de corte son,
En que á par necesitamos
Yo prudencia y vos valor.
De vuestros treinta ginetes
Hasta diez irán con vos;
Los demas á la frontera
Los enviaré luego yo.
¿Comprendísteis?

— Comprendí.
— ¿Prometeis?...
— Delante á Dios
Os aseguro que nunca
Mi ventura fué mayor.
— Ah, mirad, se me olvidaba :
Este pequeño cajon
Llevareis á su destino.
— Decidme su dueño.

— Vos.
Es un presente que os hago,
Que os probará, salvo error,
Que es mi memoria tan larga
Cuanto la vida en los dos.
Con que si os cumple, brindemos
A vuestra vuelta.

— Señor,
Nadie cuenta con su suerte.
— No me la aseguro yo;
Mas si á mi España volveis
Tal vez halleis lidiador
Que os arranque vuestro nombre,
Sin ver vuestro corazon.
A vuestra salud, hidalgo,
Y á que nos ayude Dios.
El rey apuró su copa,
Y apartando el pabellon,
Por una puerta secreta
Del gabinete salió.

CONCLUSION.

Es una tarde nublada
Que espléndido el sol no alumbró:
Velado entre las neblinas
Que el cielo cóncavo enlutan.
Recio y norte sopla el viento,
É interceptada y confusa
La vista á distancia corta
Los objetos no columbra.
Es un estrecho camino

Y porque memoria mia
No os falte desde hoy jamás,
El regalo que me hicisteis
En ese cajon llevais.
Mas os prevengo que cauto
No entreis en Castilla mas,
Que en ella os espera una horca
Mas alta que la de Amán. »

Los ojos desencajados,
La lengua en la boca muda,
Contemplando el pergamino
Que entre las manos estruja,
Quedó el duque Don Rui Pero
Sin intencion que le acuda.
Volviendo al fin en su acuerdo
Victima de interna lucha,
Con que le acosan á un tiempo
Los recuerdos y las dudas,
A la litera lanzóse,
Y asiendo las vestiduras
De la dama, á viva fuerza
Sacándola la pregunta :
— ¿Quién sois? Por Cristo bendito
Que lo diga y se descubra.

Ella de dolor transida
A tales voces se turba,
Y el duque la arranca el velo
Cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el duque; y asiendo
Con mano audaz é iracunda
El cajon que le dió el rey,
Le estrella en la tierra dura.
Rodó por el campo estéril
Una cabeza insepulta.
Desmayóse Doña Inés,
Corrió una lágrima turbia
Por los párpados del duque,
Mas amarga que cicuta;
Y en el solemne silencio
De aquella tragedia muda,
De entre un pabellon de nubes
Pálida asomó la luna.

LAS DOS ROSAS.

En un escondido valle
Hay todavía una torre
Vecina al Carrion, que corre
De chopos entre una calle.
Castillo dicen que fué
Poderoso, mas ya apenas,
A través de dos almenas,
Su ilustre origen se ve.

Dó entre la arena menuda
Brotó á pedazos un césped
Que la marcha dificulta;
Y por entrambos sus lindes
Mecen sus ásperas puntas
Zarzas que guardan con ellas
Frutos que nunca maduran.
Por él á rápidos pasos,
Temiendo la noche oscura,
Las fronteras españolas
En triste silencio cruzan
Una dama en su litera
A la merced de dos mulas,
Un caballero que el rostro
Bajo el capacete oculta,
Y hasta cuarenta ginetes
Que los custodian la ruta.
Apenas en Portugal
Fijaron planta segura,
Oyóse del caballero
La pujante voz robusta.
« Alto, dijo; nadie pase.
Cada cual consigo cumpla;
Los españoles á España,
Y mis gentes aqui juntas. »
A este mandato obedientes,
Como cosa en que no hay duda,
Los de España saludando
Tornan á su España grupas,
Y á la espalda los flamencos
De su capitán se agrupan.
Este, entonces, con la risa
En sus labios insegura,
Esclamó : « Ya está en mis manos
« Su secreto y su fortuna.
« Enrique, si en esta dama,
« Que en verdad lo será tuya,
« A aclararme tu vergüenza
« No sirve cuanto discorra,
« Me libro de mi palabra,
« Pues mi razon me disculpa
« Y á recibir te prepara
« Por tus injurias, injurias. »
Y rasgando el sello real
Que el pergamino le oculta,
Leyó estas negras palabras
Escritas de la real pluma :

« Mi valiente aventurero,
Don Rui Pero Sandoval;
Pues segun me son testigos
Las justas de Don Beltran,
Tanto os place los corceles
De nuestras damas gular,
Ahí llevais á Doña Inés,
A quien en Dios y en verdad
Podeis á donde os contente
Desde este punto llevar.

Tendidos sobre una altura
Véñese un torreón y un muro,
Pero en montón tan oscuro
Que medrosa es su figura.

Brotó á sus piés sin respeto
Espeso zarzal salvaje,
Cuyo espinoso ramaje
Vejeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojon ni senda
Que á su rastrillo conduzca,
Ni puerta en que se deduzca
Que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos
Que crecen en derredor
De su ruina y su dolor
Imperturbables testigos,

Hay paredes que á pedazos
Están mostrando que ayer
Pudieran bien mantener
Un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña
Vela un pastor el misterio
De aquel corto cementerio
Que el agua del Carrion baña.

Allí una generacion
Duerme tal vez escondida...
¡Así de la amarga vida
Las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas
Al són de toscos estribillo,
Él encierra en el castillo
Por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa
Y él no pasa de pastor;
Pues no ha de ser su señor,
Poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué
La techumbre á que se acoge,
Hombros y labios encoge,
La mira y dice « no sé. »

Los días que van pasando
La colina gustarán,
Y al cabo concluirán
El castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia
Del edificio primero,
Ni el pastor ni el pasajero
Tendrán confusa memoria.

Apñada en un hogar
En derredor de la lumbre,
Desvelada muchedumbre
La oirá acaso contar.

Contará un peregrino
A quién tal vez por su cuento
Darán escaso alimento
Para seguir su camino.

Y yo que siempre miré
Como un viaje nuestra vida,

Por historia entretenida
Del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba
Mal que pese á vuestro empeño
Os ahuyenta el blando sueño,
Yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor
Os dormís de vuestra almohada,
De una noche sosegada
Sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo
Brillantes rayos despide,
Que del Carrion reverberan
Entre las ondas humildes.

Engrosadas van ahora
Con las nieves que derrite
En las crestas de las sierras
Con que Castilla se ciñe;

Y entrambas riberas bordan
Con duros hielos que oprimen
Los restos que dejó mayo
De sus céspedes sutiles.

Altos y desnudos chopos
Las orillas le dividen
Que al agua las ramas tienden
Porque en el agua se miran,

Y ellas ufanas pasando
Por la sombra que reciben
Con blanco murmullo lamen
Los troncos y las raíces.

Es un día puro y diáfano
Cuanto diciembre permite
Que en su mustia presidencia
El sol del invierno brille.

Alegre, cuanto alegrarse
Es permitido á los tristes,
Diáfano cuanto la niebla
A un sol sin fuerza se rinde.

Y es un pueblecillo oculto
Tras una peña, en que firme
Estriba un alto castillo
Que de protector le sirve.

Dos esquilonos agudos
En disonante repique
El toque de mediodía
Al aire en calma despiden:

Y en medio están de la plaza
Cuantos hidalgos la viven,
Los sombreros en la mano
Inclinadas las cervices.

Las mugeres, apartadas
Sus labores mugeriles,
Esperan devotamente
Que los hombres se santigüen.

Los muchachos impacientes
A hurtadillas se sonrien

Por mas que les amonestan
Los viejos que les imiten.
En un balcon de una casa
Que mas alto nombre pide,

Por los roídos escudos
Con que sus paredes viste.
Por los vidrios que al sol dejan
Que su interior ilumine,

Y los calados de un arco
Que mal al tiempo resiste,
Hay dos personas que, vueltas
De espaldas al sol, impiden

Que se alcance desde abajo
Si rezen ó si platiquen.
Una es (con soles por ojos
Y por labios alielies)

La mas hermosa villana
Que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
Entre zarzales y mimbrés,

Pero á quien ceden vencidas
Las rosas de los jardines.
Uíanos la engalanaron
A porfia los abriles,

Con cuantas juntaron gracias
Uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
Cúties que afrenta á los cisnes,

Dentadura igual y enana,
Cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
Largas pestañas sutiles

Coronadas por dos cejas,
Arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
Pié breve, resuelto y libre,

Y dos manos que semejan
Ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal Rosa
Por mas que el pueblo critique

El orgullo con que ostenta
Sus encantos juveniles.
Las mozas que se recata
De sus amistades dicen:

Que es la inconstancia escesiva
Con que desprecia á quien rinde.
Las viudas que es demasiada
La libertad con que vive,

Y muchos los forasteros
Cuyas visitas admite,
Y las viejas de su madre
Murmuran que las recibe

Con audacia escandalosa
Y confianza reprehensible.
Mas Rosa y Brígida en ellas
Con tan poca cuita siguen,

Que si estos murmullos oyen
Se deleitan en oírles.

Por eso tan cortesano
Baja Don Bustos Ramirez
Diariamente á su casa
Del castillo en que reside.

Baron altanero y mozo
Afortunado en las lides,
Cuyas riquezas esceden
A lo ilustre de sus timbres,

Dejó há poco de la corte
La perezosa molicie,
Las damas voluptuosas
Y los ruidosos festines

Por la calma de sus tierras,
Donde su presencia exigen
Los negros ojos de Rosa
Que diz que en los suyos vive.

Es cierto que se susurra
Que un mancebo que la escribe,
Palabra de casamiento
Tiene de ella, y que es difícil

Que la renuncie si vuelve,
Lo que es tal vez muy posible.
Mas Don Bustos es mancebo
De nobilísima estirpe;

Baron que manda vasallos,
A quien escuderos sirven,
A quien pages acompañan,
Y á quien mucho el rey distingue

Es señor de horca y cuchillo,
Rey en aquellos confines,
Y á quien plebeyos é hidalgos
Pecho y homenage rinden.

Y no es otro el que con Rosa
Sobre el balconcillo sigue
Dando á la plaza la espalda
Mientras que dura el repique.

Al fin santiguado el monge
Que el templo del lugar sirve,
Cada cual tornó á su espera,
Y á sus requiebros Ramirez.

Apoyado sobre el codo
Deja que el cuerpo se incline,
Guardando tras una mano
Una mejilla invisible;

Y á favor de esta postura
Al pueblo curioso impide
Que le aceche las palabras
Que á la muchacha dirige.

En la espresion inefable
Con que Rosa le sonríe,
Bien se ve que en vez de enojos
Satisfacciones recibe.

Ni menos de sus palabras
El castellano se aflige,
Pues cuanto ella mas tolera
Mas él confiado insiste.

El platica: ella le escucha
Sin que altanera le esquivé,

Quedó estúpida la vieja;
Tornóle Rosa el semblante,
Y él tendiéndolas los brazos
Dijo: « Yo soy, abrazadme. »
Dejó la luz la muchacha,
Y del mozo retirándose,
Replicóle: « Bien venido :
Pero has llegado muy tarde. »

Asentados en silencio
En derredor de la mesa
Están Ibañez y Rosa,
Él triste, y mohina ella.
Rosa los ojos clavados
En el techo, airada muestra
El disgusto con que á Ibañez
En aquel punto contempla :
Y en vano del bello mozo
La vaga mirada inquieta
Las miradas de la ingrata
Porque se encuentren acecha.
En vano tras de la lámpara
Se ampara en la sombra negra,
Y la ocasion esperando
Los ojos le reverberan.
En vano sobre el asiento
Se revuelve y se impacienta,
Haciendo á cada postura
Que rechine la madera;
En vano desenlazando
Del almete las correas,
Sacudió como al descuido
De la gola entrambas piezas;
En vano al asir la espada
Tropezó con las espuelas,
Y retumbó el aposento
En rápido són de guerra.
Rosa ni por reprenderle
Ni por saludarle atenta,
Sobre el mancebo los ojos
Bajó un instante siquiera.
De la habitacion en torno
De uno á otro objeto los lleva,
Cual si fuese inventariando
Todos cuantos hay en ella.
Viga á viga midió el techo,
Liston á liston la estera,
Contó al parecer los vidrios
De la alcoba y de las puertas,
Los pliegues de su cintura,
Las rayas que hay en la mesa
Y las líneas que sus manos
Por ambos lados presentan.
Escuchó el silbar del cierzo
Que revuelve la veleta,
El rumor de los que pasan,
La bulla de las hogueras.

Todo lo que no es Ibañez
Parece que la interesa,
Hasta el són con que la lámpara
Húmeda chisporrotea.
Pero el mozo allí se está
Y arrobado la contempla,
Y dos lágrimas de fuego
Por las mejillas le ruedan.
Cansado ya de esperar,
Y desesperado de ella,
Dijola con voz tan blanda
Que contestaran las piedras :
« ¿ Qué es aquesto, vida mía ?
Rosa, ¿ qué mudanza es esta ?
Tú al partirme me llorabas
¿ Y te enojas con mi vuelta ? »
Rosa callando seguía,
Y él siguió de esta manera :
« Héme aquí que vuelvo honrado,
Mas tal vez que lo merezca,
Amigo de los valientes,
Querido en la corte mesma.
Pensé merecerte ahora,
Y he conseguido licencias
Para casarme contigo
Y alejarme de la guerra. »
Rosa callando seguía
Como á quien oír le pesa,
Dando entre las blancas manos
A los ceñidores vueltas.
Ibañez, apenas dueño
De su rebelde paciencia,
Entre ofendido y colérico
Aguardaba una respuesta,
Hasta que viendo que Rosa
Toda agotársela intenta,
Con sordo acento la dijo
Zelosos ojos tendiéndola :
« Si las nuevas que hube tuyas
Cuerdo estimase por ciertas,
Vive Dios que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas.
Si pensara yo que imbécil
El oro te enloqueciera,
Trajera cuanto mi lanza
Para los cobardes deja :
Y si que ansiabas supiese
Honras de vana nobleza,
Prendiera yo al condestable,
Y conde ó marques volviera.
Pero yo te quise, Rosa,
Aunque altiva no opulenta,
Y pensé que por valiente
Simple hidalgo me quisieras. »
Rosa á este punto dejando
El sillón en que se asienta,
Dijole: « Ibañez, dejemos
Semejantes controversias :

Si te quise y no te quiero...
— ¡ Por Dios vivo !...

— Ten la lengua.

Mañana mismo me caso;
Y por súplica postrera
Espero que de este pueblo
Partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
Liviana... cuanto tú quieras.
Pero lo tengo pensado
Y estoy, Ibañez, resuelta.

— Pero...

— Tu empeño es inútil.

Mi voluntad es aquesta.

— Y tus votos...

— Fueron falsos.

— Y tus caricias...

— Quimeras.

— ¡ Y tantos años perdidos
En ilusiones risueñas!
¡ Tantos sudores y afanes,
Tantos peligros por ella!
¡ Virgen santa! yo deliro.
¿ Qué infernal vision es esta?
Porque á juzgarla posible
Tanto tiempo no viviera. »
Y así Ibañez exclamando
Se asia de las melenas
Desencajando los ojos
Como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano
Caminando hácia la puerta,
Miraba el dolor de Ibañez
Con espresiva impaciencia.

En esto en el aposento
La faz amante risueña,
El ferreruero forrado
De blanca y crujiente seda,
Dorado estoque, y de plumas
Linda gorra en la cabeza,
Entró Don Bustos Ramirez
En apostura altanera;
« Linda Rosa... » dijo: y viendo
A Ibañez que le contempla
Con ojos entumecidos
Tornó la vista severa.
Rosa apresurada dijo :
« Es un pariente que llega
De la ciudad. » Y Don Bustos
Prosiguió así : « Norabuena.
Seais, hidalgo, bien venido :
Asistireis á la fiesta,
Y recibirán mis bodas
Honra con vuestra presencia. »
Tendió al soldado la mano,
Y él sin mirar lo que hiciera,
Con el recio guantelete
La suya al baron presenta.

La asió Don Bustos y dijo :
« A no saberlo, creyera
Que fuera en vez de amistad
De reto esta mano prenda. »
Miróle Ibañez un punto,
Y en insondable reserva
Velando el gesto, repuso :
« Tomadla como os convenga. »
Y tornando las espaldas
Tomó á oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
Estrepitoso rumor
Se levanta de Don Bustos
En un inmenso salon.
Alúmbranle mil bujias
Suspensas en derredor,
Entre guirnalda de flores
Que hábil mano entrelazó.
Vistiéronle de tapices
Esquisitos en valor,
Y cubriéronle de alfombras,
De un califa regio don.
En ricos aparadores
Remeda la luz del sol
Vajilla espléndida de oro
De magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
Y en no interrumpido són
Gotea de vaso en vaso
Dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
Porque pródigo el baron
A todo el pueblo de Rosa
Bodega y festin abrió.
Es cierto que á los principios
El respeto á su señor,
Conteniendo á los vasallos,
Las lenguas les refrenó.
Mas al fin, de los manjares
El succulento vapor
La libertad y la audacia
A los villanos volvió.
Alzaron desordenados
Una voz sobre otra voz,
Un brindis sobre otro brindis :
Crecía la confusion,
Aumentábase el tumulto,
Y con discorde clamor
Cruzaban de una á otra punta
Osada conversacion.
Ocupaban los hidalgos
En la parte superior
Escaños de terciopelo
Casi á los piés del baron.
Y este mas alto con Rosa
Usaba otro aparador

Bajo un dosel de brocado,
Dó se ostenta su blason.
Pages les sirven: doncellas
Les escancian el licor,
Y el contento les atiza
La insolencia del bufon.
Al testero de la mesa,
Y en preferente sillón,
Está el capellan sentado,
Y síguete luego en pos
El ilustre ayuntamiento
En gregüescos y en jubón.
Enfrente entre otros hidalgos,
En ademan pensador,
Se ve al sério Pedro Ibañez,
Que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
Los cabellos sin olor,
La espada y la daga al cinto,
Y el duelo en el corazón.
El resto ocupan sin órden
Los que de Busto á la voz
El mejor sitio encontraron
Al entrar en el salón.
Los que en aquel no cupieron
Acomodarlos mandó
En otra mesa tendida
En un largo corredor,
Y allí gritan y disputan,
Harta apenas su ambicion,
Con los sabrosos manjares
Que devoran sin temor.
Toda la fiesta es tumulto,
Todo murmullo el salón,
Todo embriaguez y locura
Los vasallos y el señor,
Y á pesar de los secretos
Con que á la conversacion
Dan impulso las mugeres
Murmurando á media voz,
Rosa está linda, hechicera,
Como jamás se mostró
Caprichosa su hermosura
Vertiendo gracias y amor.
Mirándose está en sus ojos
El fortunado barón,
Olvidando ante su amada
Cuanto hasta entonces gozó
Y ella radiante de orgullo
Alimenta en su ilusion
Los hechizos que le embriagan
Con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
Astuta se engalanó,
Que acrecientan el deseo
Del turbado corazón.
Guirnalda de blancas perlas
A sus cabellos ciñó;

Escotado hasta los pechos,
Bordado de oro el jubón,
El cuello de márfil orla
Collar de bajo color,
Del que pende de brillantes
La señal de redencion;
Y están sus brazos desnudos,
Cuyo brillo tentador
Ostenta en sus movimientos
Esquisita perfeccion.
Don Bustos, á quien anima
La eficacia del licor,
Decia en són de mandato,
Fuerza añadiendo á la voz:
« Agotadme las bodegas,
Que si dejais, ¡vive Dios!
Una gota, habeis de hacerme
De todo restitution.
A eso os llamé á mi castillo
Y á mis fiestas, que sinó
Conforme me caso solo
Gozara solo. »

Al rumor

De estrepitosos aplausos
Estremeciósse el salón,
Y por sobre el ronco ruido
Así don Bustos siguió:
« ¡Eh! Don Pedro, mi pariente,
Capitan, ¿qué os haceis vos?
¿Estais enfermo, ó acaso
Os dijo algun impostor
Que el mayordomo envidioso
Mis cubas envenenó?
Si tal pensais, os ofrezco
Completa satisfaccion.
Y á propósito... »

Así hablando

Su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
Los aplausos, y el barón
Encarado aun con Ibañez,
En voz de mofa siguió:
« Puesto que vos no habeis hecho
A mis venenos honor,
Os encargo que si muero
Me enterrais como á quien soy. »
Volvieron á los aplausos,
Y á tan tumultuoso són
Asomaron por la sala
Las gentes del corredor,
Que aumentaron el desórden
Preguntando en peloton:
« ¿Qué es aquesto?

— Entrad, amigos, »

Don Bustos ronco clamó.
« Vereis un anaoreta...
Por la cruz del Redentor,
Capitan, brindad conmigo

A mi venturosa union... »
Ibañez la inmensa copa
Levantándose tomó,
Mostrando el sombrío gesto
Mas que contento furor;
Y afectando complacerse,
« Brindemos, dijo, barón. »
Mas Don Bustos atajándole
El brindis le interrumpió:
« A mi embriaguez de esta noche,
Que me emborracho por dos. »
A estas palabras de Bustos
De emponzoñada alusion,
Ibañez soltando el vaso
Cayó vertiendo el licor.
« ¡Bravo! ¡sin haber bebido
El sueño le acogotó!
Capitan, voto á mi sangre
Que sois un mal bebedor. »
Seguia Ibañez tendido
De espaldas en el sillón,
Cogidos todos sus miembros
De congojoso temblor.
Mofáronle los villanos,
El gesto Bustos frunció,
Palidecieron las mozas,
Y en visible turbacion,
Rosa sobre el blanco pecho
Pálida la faz dobló.
Don Bustos rompiendo un vaso
Alzó iracundo la voz:
« ¿Os pesa, por vida mia,
Capitan, mi dicha á vos? »
Alzóse sobre su asiento,
Y el pueblo entero calló;
Porque los ojos de Bustos
Centellaban de furor,
Temblaba en su escaño Rosa,
Y así decia el barón:
« Brindad, capitan, conmigo,
A mi boda, ó, vive Dios,
Que esta noche mis lebreles
Os desgarran el jubón. »
A tan brusco llamamiento
Pedro Ibañez requirió,
Poniéndose en pié, su espada,
Con semblante tan feroz,
Que oyóse entre las mugeres
Un ay! sordo de pavor,
Y á sus espaldas la turba
Cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramirez, puestos
Ambos piés en su sillón,
La izquierda sobre la mesa
Que al recibirle crujió,
Mirábale de hito en hito;
Y el áspero ahogado són
Que le hervia dentro el pecho,

El borrascoso color
De sus ojos, la melena,
Que le cuelga en confusion
Uniéndose con la barba
Que le cerca en derredor
Todo el rostro, le semejan
A un formidable león
Que acecha sobre una roca
La vida del cazador.
Pedro Ibañez frente á frente,
Sin muestras de turbacion,
Fijó en sus ojos los ojos
Y á la lid se apercebíó.
Pasó un momento angustiado
En que nadie de los dos
Con movimiento ó palabra
La contienda provocó.
La turba tenia ahogado
El aliento de terror,
Y de ambos podia oirse
El latir del corazón.
Al fin Don Bustos en hondo
Gemido, torvo exclamó:
« Brindad, hidalgo, á mis bodas,
U os juro á mi salvacion,
Que en la escarpia de una almena
Os ahorco como á un traidor. »
Ibañez á estas palabras,
Como una tigre veloz,
Saltando sobre la mesa
Ligero una copa asíó,
De un paso salvando el trecho
Que le aparta del barón.
« Brindemos, dijo.

— A esta noche,

Bustos repuso, á mi amor.
— A mi cabeza, Don Bustos,
Que clavada en un lanzon,
Os recuerde á todas horas
Toda una noche de amor.
— ¿Es un insulto?

— Es un brindis.

¿No le aceptais?

— ¡Sí, por Dios!

Bebed, y á que esa cabeza
Sea la última ilusion
Que alcancen á ver mis ojos
De mi féretro en redor.
— Sea!

— Sea! »

Y afirmando

Tan sacrilega intencion,
Todo el licor se sorbieron
De un solo trago los dos.

—
Está la noche serena,
Melancólica la luna

Reverbera en la laguna
Y manso el aire resuena.
Murmura en la parda sombra
Inquieto el Carrion pasando,
Con limpios hielos orlando
Del campo la árida alfombra.
No se alcanza en la ribera
Ni césped, ni flor, ni espiga,
Que brote á la sombra amiga
De alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,
Silencio y vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Viudez y esterilidad.

Vése á lo lejos la sierra
Como aparicion extraña,
Que en la escarpada montaña
La nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha
La ronca voz del torrente,
Cuyo ancho raudal rugiente
Conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastin atento
Resuena el tenaz ladrido,
Oliendo el lobo escondido
Que acecha el redil hambriento.

Al pié de la alta colina
Yace el lugar solitario
Acogido el vecindario
Al corro que le domina.

Sobre él el negro castillo
De Don Bustos se columbra,
Del astro de paz que alumbra
Al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas
En confusion infernal,
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,
Con el brindis del baron,
El seco y discordé són
Del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar
Con la luz de las bujias,
Mil medrosas fantasias
Espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores
Rádian en la lobreguez
La movible brillantéz
De fugaces resplandores.

Al pié del áspero muro
Inmóvil en la sombra está,
Contemplando las ventanas
Con desesperado afán,
Torvo el semblante y lloroso
Sin apenas alentar,
El triste y burlado Ibañez
En insufrible ansiedad.

Crispados tiene los puños,
Desencajada la faz,
Y el cuerpo todo acosado
De una convulsion mortal:
Vése en el húmedo ambiente
Su aliento á veces vagar,
Como sombras que brotando
Viven un punto no mas.
Por los espesos bigotes
Filtrando el rocío va,
Y mojóndolas, sus ropas
Azota el aire fugaz.

Amante desventurado
Y desdeñado galán,
Está en su mente midiendo
La infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda,
Ni qué vida ha de esperar
Quien no halla en sus negros días
Mas que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
Tanta ilusion celestial,
Tanta esperanza engañosa
Perdida en la realidad.
Tantos afanes por ella,
Tanto sufrir y lidiar,
Mirando la luz lejana
De un mentiroso fanal,
Que fué tan solo el reclamo
Que anunció un puerto falaz,
Para mirarle mas cerca
Engañado zozobrar!

¿Dó están las fragantes flores,
Las bendiciones dó están,
Con que el amor deliraba
En la juvenil edad?

El fué á la sangrienta guerra
Como valiente, á buscar
Premio y fortuna de hidalgo,
De que se sintió capaz.

Pródigo vertió su sangre
De su vida sin piedad,
Por volver ante su Rosa
Digno de su amor fatal;

Y ella en tanto deslumbrada
O acaso liviana asaz,
En los brazos de otro dueño
Se dispone á reposar.

¡Oh! que esas risas confusas
Que oye á través del cristal
Desde el infame castillo
A la atmósfera brotar,

Le parecen los ahullidos
Con que una turba infernal
Aplauda atroz los tormentos
Que alambica Satanás!
Ellos celebrando alegres
En ruidosa bacanal!

El bien que en despecho eterno
Infeliz él llorará.
Ellos brindis y cantares,
Y amor y felicidad,
Y el lágrimas y dolores
Que nunca se acabarán.
¡Oh! y cobarde, aunque ofendido,
Resignado dejará,
Aunque él su ofensa no olvide
Que la olviden los demás!
Mas ¿qué escucha el desdichado
Con esa atencion tenaz,
Que hácia adelante tendido
Al borde del foso está?
Los ojos le brotan fuego,
Creciendo al aliento va,
Y atenazados los dientes
Déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
De la impura bacanal,
Oyóse un canto dulcísimo
En el salon murmurar.
Era una voz amorosa
Y de enloquecer capaz
Al corazon mas hundiéndose
En torpe incredulidad.
Del arpa del trovador
Al misterioso compás,
Suenan á pedazos, perdido
En la distancia el cantar.

« Mi vida, Busto, y mi alma
« No tengo en mi mano yo;
« No tengo que darte, Busto,
« Sino cuanto guarda de fé el corazon.
« Yo te le doy todo entero,
« Vida y alma vuelva á Dios
« Cuando le plazca, y tú, Busto,
« Hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron
Largos aplausos sonar,
Que estremecieron el aire
En prolongada espiral.
Ibañez, como viagero
Que harto ya de caminar
Se sienta á buscar reposo
Donde ha de abrirse un volcan,
Retrocedió de aquel canto
Al desgarrador compás,
Despierto á la voz de Rosa
Su mal adormido afán.
« Dale, ya que está en tu mano,
¡Ingrata! ese corazon
(Dijo), y el alma y la vida
Que vuelvan torpes á Dios.
Dásele, que por un soplo
Con que tornaros carbon

Toda el alma y media vida,
A Satanas diera yo. »
Y aquesto diciendo Ibañez
En agonía mortal,
Revolcábase en la arena
Hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
Bramido tan gutural,
Tan feroz, que aun á las fieras
Alcanzara á amedrentar:
Y dijeran, escuchando,
El ruido que haciendo está,
Que luchaba alguna de ellas
Con otra en la oscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
Del vago cielo en el espacio azul,
Sombra dejando y niebla que importuna,
Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja
Deshaciéndose en gotas de cristal,
Y cada espino que Aquilon rebaja,
Perlas por fruto transparentes dá.

En confusa ilusion todo se ostenta
En la estéril llanura del país,
Entre el velo de nieblas que se aumenta
Cual pabellon colgado del zenit.

Allá en un valle dó la niebla impura
Tarda se posa, el rápido Carrion
Fragil rodando en soledad murmura
Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salon se mengua
La báquica algazara del festin,
Torpe tal vez con el licor la lengua,
Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
El brindis tumultuoso del baron,
Con el cantar de Rosa entretenido
Y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
De alguna sombra la ilusion fugaz,
Como al conjuro de andrajosa bruja
El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibañez todavía,
Lanza zeloso en iracunda voz
Los ayes postrimeros de agonía,
Con que se estingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
Sanguinosa, alumbrándole al morir
Su negra antorcha vigorosa inflama
La venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
Mil fantasmas de impúdico placer,